

EL VIEJO BADAJOZ QUE DESAPARECE  
HOY- 12 de agosto de 1984

Pasito a paso hemos deambulado por la vieja ciudad; esta ciudad la conocemos desde hace muchos, muchísimos años, y la amamos profundamente. En ella ha transcurrido la mayor parte de nuestra existencia y han ocurrido sucesos faustos e infaustos, días y horas que han dejado huella indeleble en nuestro espíritu, unidos al nombre de la ciudad. Pero a medida que hemos ido adentrándonos por sus calles y plazas, por sus rinconadas, descubrimos con una dolorosa sorpresa, con una honda melancolía, que el viejo poblado se muere a chorros; hay ya, en su entramado urbano, como en esos cuerpos descaecidos de los ancianos valetudinarios, partes desperdiciadas, inútiles, partes invalidadas, estériles.

Atrás hemos dejado las zonas de la ciudad en las que se desarrolla la vida actual, dinámica, vibrante, con sus aceras llenas de público, con sus altos y majestuosos edificios, con sus establecimientos brillantes; el bullicio permanente, el estrépito que ocasiona el incesante tráfico rodado y el ir y venir continuo de la gente, produce una impresión alegre y jovial. Un aire de modernidad, un ritmo exultante, acorde con el frescor rumoroso de las fuentes que se alzan en las rotondas de las plazas y en la cabecera de las anchas y largas avenidas que se extienden interminables por el llano que ocupa la moderna población, se respira por doquier.

Al traspasar lo que fuera el antiguo recinto amurallado — en gran parte inexistente — se observa una fatal decadencia; hemos subido por la calle de Santa Catalina — nombrémosla con sus antiguos y evocadores nombres —, o por la de San Onofre, o por Lagares, o por la Moraleja; hemos travesado por la del Olivo, por los Cabríos, por el Deán Viejo, por el Callejón del Obispo, por el Zumbadero, y hemos llegado a la plaza del Rey, a la de los FONSECAS, a la de San Andrés; la soledad y el silencio son impresionantes; nuestros pasos resuenan con un eco extraño entre las casuchas pardas, grises, descoloridas; entre estos edificios de paredes agrietadas y grandes manchones de humedad señalando los bajantes, a buen seguro desencajados; perdida la argamasa del lucido, aparece acá y allá la estructura roja del ladrillo y la aspereza del mampuesto; los umbrales pétreos, desgastados, están sucios, polvorientos, y muestran a veces hediondos regueros de orines y excrementos. Las puertas de madera — si las hay — que estuvieron pintadas, aparecen rotas, abiertas y dan sonoros golpes a impulso del viento. Por una ventana con reja y madera desvencijadas — exactamente en el tramo conocido por Ollerías — se percibe la techumbre hundida sobre una salita que antaño luciría bodegones e inefables escenas de costumbres debidos al pincel de un ilustre pintor local. Muchos portales de los pisos bajos se hallan cerrados, herméticos, y algunas puertas de anchos clavos poseen el refuerzo de cadenas y candados. En una de ellas, de alto umbral, unos mozalbetes con aire de hastío y desánimo, permanecen sentados largo rato en silencio; pasa una mujercilla que mira curiosa nuestra curiosidad. En las tabernitas vacías no se oye el alegre alboroto de conversaciones y cantos, ni de los patios sale en las doradas tardes de primavera ni en las cálidas noches de verano el hálito sensual de los jazmines y nardos.

Cuando hemos alcanzado la Plaza del Rey — es decir el Campo de San Juan — el aspecto que ofrece es desolador. Todas las tiendas están desalojadas y los establecimientos bancarios emigraron a distritos de ajetreada actividad comercial; el que fuera Palacio Municipal, con las paredes desconchadas y musgosas, con los balaustres del remate en gran parte desplomados, con los salones y despachos abandonados y los del bajo destinados desde hace tiempo a servicios administrativos, subalternos; al cobijo de sus soportales, donde se acumula el estercolillo de la gente, un mendigo esculca sus harapos buscándose las miserias. A un lado,

pareciendo aún más oscura por el desamparo que la rodea, permanece enhiesta, con aspecto de fortaleza antigua, la iglesia Catedral, donde todavía, al llegar la festividad de San Juan Bautista, se obstina el señor obispo, tembloroso en su ancianidad venerable, en ir a celebrar en la capilla mayor las solemnidades litúrgicas del día, y allá adentro, tras el claustro sofocado por la selvática floresta, en un rasgo de sentimental tradicionalismo, el Cabildo celebra en la recoleta sala capitular sus sesiones de oficio. Hace años que se han puesto a buen recaudo los ricos fondos documentales del archivo, y no se sabe qué hacer con tantos otros tesoros de arte y de cultura como en el templo catedralicio se albergan.

En la calle de Santa Catalina — es decir, en la del Obispo — hay caserones deshabitados, silenciosos, como el antiguo Instituto General Técnico, que aún no han sabido darle aplicación, y están sus muros bombeados, sus maderas desteñidas y la techumbre derrumbándose sobre el piso superior. En la plaza de los Fonseca — es decir la plazuela de la Soledad — solo queda la recia fábrica de sillería del antiguo Banco de España — a donde la ironía popular dice que tendrán que trasladar otra vez las instalaciones del nuevo, construido en el Polígono de la Paz—, y ya los eruditos locales polemizan acerca del lugar en que estuvo edificada la ermita de Nuestra Señora de la Soledad. Y la iglesia de la Concepción, y la de San Agustín, y la de San Andrés, hace años que se cerraron al culto por falta de feligresía, y sus naves están mudas, terrosas, con las puertas chirriantes y los cernícalos revoloteando con fruición en su interior a la caza de las sabandijas que pululan por todas partes.

Pero nosotros hemos seguido hacia arriba, hacia el asentamiento de la Alcazaba, y hemos tomado el camino que ocupó la rúa de San Juan; aún quedan restos de muro, muñones de cimientos que, como en una nueva Pompeya, señalan lo que fuera concurrida vía comercial; un ancho descampado aparece lleno de escombros, de cardos y jaramagos, y bandadas de chiquillos juegan entre los montículos, que hacen agobiante, dificultoso, el ascenso. Tomando el sol en un esquinazo, hay un grupo de personas de mal pelaje y hemos oído a nuestras espaldas una expresión hostil, cortada en seco con una mirada severa, reprobatoria.

Y cuando hemos llegado finalmente a la cima militar y nobiliaria del viejo burgo pacense, desde el repecho de la fortaleza moruna, hemos expandido la vista a nuestros pies; un panorama sombrío, deplorable, trágico, se despliega aquí abajo; nada queda de la Plaza Alta, ni de la de San José, ni de la plazuela de los Padres; acá y allá vense unos muros desportillados, que se acercan lastimosamente hasta el emplazamiento de la catedral, que se yergue hierática y serena en el azul, y pasada ésta, allá en lo remoto, trepidante, optimista, con un cendal de atmósfera contaminada sobre los colosales edificios, está el juvenil Badajoz actual. Y nosotros, contemplando este mustio collado, contemplando estas inquietantes ruinas, hemos permanecido un punto inmóviles, absortos, con el espíritu entristecido...

Lector: Esto puede ocurrir dentro de veinticinco, de cincuenta, de cien años. Y—preguntaréis quizás vosotros — ¿no habrá algún modo de evitarlo?.

- Sí, sí — respondemos nosotros -, yo creo que con un poquito de imaginación, con un poquito de sacrificio, con un poco de tesonero esfuerzo, sería posible evitarlo.